

¿Qué es el Ejército?

Conferencia pronunciada, en el Casino de Suboficiales de Madrid, por el Sargento primero de Infantería don Antonio Colmenero Herrero

(Conclusión.)

Aunque es digno de reconocer el mérito que constituye la preparación preliminar obtenida en las escuelas e instituciones organizadas al objeto, está demostrado que el soldado sólo se forma en el cuartel y se perfecciona en la compañía, y no es solamente porque en él adquiere los conocimientos necesarios, sino porque es donde únicamente pueden infiltrársele los altos sentimientos patrios, la disciplina, el valor, la abnegación y el sacrificio, puesto que inmensiblemente se lo inyectan, con su ejemplo, los militares profesionales (sin distinción de categorías), que los poseen y practican, no como se practica en la civil, sino por el amor filial a su profesión y a su Patria, que es la dueña de sus sentimientos y por la que está siempre dispuesto a sacrificarse en la cuantía que las circunstancias se lo demanden.

Fácil es de comprender que el Ejército no sólo lo constituye el soldado, sino que a éste hay que dirigirle y mandarle, y para esto es necesario educarlo.

Para llenar solamente este complejo cometido se necesita que entre los militares profesionales exista una superioridad manifiesta en cultura, o más bien en cualidades morales y carácter, cosa que no puede improvisarse, pues para transmitir las ideas de abnegación y sacrificio por la Patria es lógico que tales virtudes brillen por vocación y entusiasmo.

Por otra parte, hay que administrar al soldado y proporcionarle cuantos medios le son necesarios para su mantenimiento, conservación sana y demás cuidados personales, lo que también constituye para el militar profesional un deber de elevada conciencia, puesto que además de la competencia que requiere, debe estar inspirado en sentimientos nobles y honrados; de lo contrario, difícilmente puede cumplirlo con verdadera caballerosidad, aunque esté sujeto al deber justo si lo deja de cumplir.

Es también digno de tener en cuenta lo que supone mantener relación constantemente entre los Ayuntamientos, Cajas de Recluta, Cuerpos y unidades militares, Centros de movilización y reserva y distintas altas dependencias del Ministerio de la Guerra, así como también con muchas otras dependencias del Estado en general, para llevar a cabo las operaciones de reclutamiento en

todos sus aspectos, formalizar el historial militar de cada uno, organizar los cuadros de movilización y tramitar y resolver los incalculables casos que en materia de detall y contabilidad surgen abundantemente.

Todo ello unido a los diversos servicios que constantemente ha de prestar exige al militar profesional un plan permanente de estudio y de laboriosidad, una conducta modelo, una honradez acrisolada, un entusiasmo y amor patrio sin límites y un espíritu de sacrificio que nunca han sabido comprender los profanos en materia militar o refractarios, ni estarán en disposición de comprenderlo si antes no conocen a fondo la vida militar.

Pues esto, que supone ya trascendental importancia, es la primera fase de la misión del Ejército, de las dos puramente fundamentales que deben considerarse: la preparación y la ejecución.

Es evidente que para cumplir la segunda es esencialísima la primera, puesto que aquella no puede cumplirse a satisfacción si no precede una sólida preparación; pero además de un perfecto conocimiento de los innumerables elementos de combate que en los tiempos actuales hay que emplear, y un verdadero dominio de los reglamentos tácticos, de tiro y de campaña, y de un profundo conocimiento de la historia de la guerra, es necesario saber llevar a la práctica el empleo y uso oportuno de todos esos elementos y reglamentos, un gran valor para sufrir las fatigas, los sufrimientos y penalidades propias de la guerra, un gran concepto del honor y un verdadero espíritu de sacrificio.

Con los razonamientos expuestos, aunque lacónica y torpemente, creo suficiente información para justificar que la misión del Ejército no es simplemente una profesión vulgar o un arte sin caracteres extraordinarios, como lo consideran los individualistas o antimilitaristas, y menos (que es lo inadmisiblemente) que es una misión estéril y que se reduce a la ostentación de un uniforme de mucho colorido, pero que sólo reporta al Estado una carga pesada y onerosa. Claro es, esta insidiosa concepción sólo puede anidar en un espíritu débil y carente en absoluto del conocimiento de la Historia de los pueblos.

Ahora bien: hemos puesto de manifiesto cuál es la misión del Ejército, permitiendo que algún insatisfecho se preguntara: ¿cumple el Ejército su misión? Nos anticiparemos con la contestación para hacerlo patente, no con todos los medios que pudieran presentarse a nuestro alcance, que son innumerables, sino citando algunos de los hechos gloriosos que tanto abundan en los anales de nuestra historia patria, puesto que ellos son el reflejo, el compendio y la esencia de cuantas demostraciones pudieran exigirse.

¿Qué mayor demostración que un Gutierre de Quirós, portador del pendón en la batalla de Aljubarrota el 14 de agosto de 1385, que luchando bravamente contra los portugueses recibe graves heridas en ambos brazos, y, amoroso, aprieta fuertemente contra su pecho aquella enseña, para él sagrada, que cual sudario de gloria cubrió su cuerpo inanimado?

¿Y un Hernando de Illescas en la batalla de Garellano (Italia) el 1.º de octubre de 1504, que una bala de cañón le destroza el brazo derecho y aguantando estoico los dolores, pasa la bandera al otro brazo, donde poco después sufre otra herida, y con la enseña fuertemente sujeta entre el cuerpo y sus miembros ensangrentados, continúa en su puesto hasta que la victoria corona el esfuerzo de los españoles?

¿Y un Juan Bolante, en la batalla denominada de "Noche triste", librada en Méjico en 1521, que cae prisionero, abrazado a su bandera ocupa un rincón de la canoa bajo la guarda de sus adversarios, y cuando la embarcación se alejó de las demás se lanza sobre los mejicanos y en sangrienta lucha mata

...hiere a los restantes, se arroja al agua con la insignia amada y arriba en el campamento español con su bandera rescatada?

¿Y un Marmolejo, que fué hallado muerto, pero abrazado a su bandera en la Goleta (Africa) ¿Y aquellos tres hermanos Moreruella, que el 10 de septiembre de 1550 fueron muertos, y del primero que fué herido pasó al segundo, y del segundo al tercero la gloriosa bandera, quedando envuelto en ella al espirar?

¿Y un Alonso Vázquez, Antonio de Oquendo, Dionisio Alcalá-Galiano y tantos más que supieron morir con heroísmo, con honor, puesto que su último beso lo dieron con sus agónicos labios a la bandera por la honra de la Patria murieron?

¿Y aquel don Juan Prim, que en la batalla de los Castillejos (Africa), el 1.º de enero de 1859, que toma la bandera del segundo batallón del Regimiento de Córdoba y dice a sus soldados que ellos pueden abandonar sus mochilas porque son suyas, pero no pueden abandonar la bandera porque es de la Patria, y al preguntarles si permitirían que cayese en poder de los moros, se lanza vigoroso a la lucha y con su heroico valor arrastra a sus soldados, que, empujados por el ejemplo de su General, obtuvieron la victoria?

¿Y aquellos bravos Daoiz, Ruiz y Velarde y cien mil mártires más, que el 2 de mayo de 1808, en Madrid, hacen el sacrificio de sus vidas antes de sufrir la humillación y la afrenta a que les quiere someter el yugo extranjero?

¿Y un Méndez Núñez, frente a Valparaíso, que antes de empezar el bombardeo de la plaza le amenazan los Comandantes de las escuadras inglesa y norteamericana que echarían a pique a los barcos españoles si rompían el fuego, y la única contestación fué ordenar el combate e imponer con su energía el silencio de las bocas de los cañones extranjeros? ¿Y estos mismos marinos abnegados e indefensos que supieron morir con gloria en Cavite y Santiago de Cuba?

¿Y aquel cabo Luis Noval, que en la avanzadilla del Zoco del Had, en la madrugada del 28 de septiembre de 1909, al ser sorprendido por grueso número de moros sostiene cruenta lucha, en la que mueren los tres soldados que componen la patrulla y él queda prisionero, que al obligarle a que anunciara a los que defendían las trincheras que eran fuerzas de seguridad las que se acercaban (para conseguir el enemigo la entrada en el campamento), en un acto de sublime abnegación hace voluntario sacrificio de su vida en beneficio de sus compañeros gritando: "¡Haced fuego, que son los moros!", y aparece al siguiente día junto a la alambrada el cadáver de aquel héroe cual testimonio de singular sacrificio?

¿Y aquel heroico Sargento Ovejero, del glorioso batallón expedicionario de Isabel II, al que tanto me honró pertenecer, que en septiembre de 1922, hallándose en la avanzadilla de Timayast con dieciocho soldados sufre duros ataques durante dos días en que los moros pretenden apoderarse de aquel fuerte y que al tercer día tratan de asaltarlo, consiguiendo colocarse entre el parapeto y la alambrada, pero Ovejero consigue con su heroico ejemplo mantener la moral de aquella docena y media de soldados del 32 de línea, y tras de interminables horas de cruento combatir, demuestra a sus enemigos que nunca se rendirán y los moros, convencidos e impotentes, se tuvieron que retirar?

¿Y aquella heroica defensa de Tifaruin, en que la segunda Compañía del batallón expedicionario de Isabel II (ya glorioso), incrementada con una sección de la Comandancia de Artillería de Cartagena, una sección de Zapadores minadores, otra de Telégrafos, un cabo y cuatro soldados de Intendencia y

otros tantos de Sanidad, un Sargento y diecisiete askaris, durante siete días resisten durísimos ataques y riguroso asedio, sufren privaciones, especialmente de agua, que se distribuyen a cucharada diaria; que las fuerzas españolas intentan romper el cerco dos veces y no lo consiguen, y a pesar de reconocer la casi imposibilidad de resistir más y la casi seguridad de que sus compañeros no lograrían salvarlos, enfervorizados en el deber, no vacilan ya en el sacrificio general de sus vidas, que hubieran entregado gloriosos si el día 23 de agosto de 1923 no logran nuestras tropas romper el cerco tras durísimo combate?

Al grito de ¡Viva España! se abrazan libertadores y libertados en Tifariti. Allí estaban, como testimonio de ofrenda y sacrificio, un soldado de Isabel II y cinco indígenas muertos; un Sargento y doce soldados de Isabel II, cuatro artilleros de la Comandancia de Cartagena y un ingeniero, heridos.

El Sargento que allí derramó su sangre generosa bien lo conocéis: es González Manrique, hoy Sargento primero del mismo Regimiento, y Tesorero de este Casino; en su pecho luce la medalla de Sufrimientos por la Patria que con la pensión mensual de 17,50 pesetas y con carácter vitalicio obtuvo allí bien merecidamente. De la gloria de aquella heroica defensa participan también el Sargento primero Rodríguez Somoza, digno compañero, que tan alto ha sabido poner el concepto de las clases del Ejército; el Sargento Zamora Balbás, que obtuvo su actual empleo por los méritos allí contraídos, y el también Sargento Minguez Romero (entonces cabo), que contribuyó con su heroísmo, igual que toda la fuerza de la posición, a sumar una página más de gloria a las innumerables que constituyen la historia brillante, gloriosa, sublime, de nuestra querida España.

Si la gloria es fama, reputación y honor que se merece dignamente el infatigable obrero de la inteligencia, el filósofo, el literato, el dramaturgo insignificante que concibe, prepara y realiza los grandes adelantos materiales y morales, que conquista a diario la humanidad; si gloria merece el obrero manual que, poniendo en práctica las sublimes creaciones de la inteligencia, aprisiona el vapor, la electricidad y todas las fuerzas, audaz, potente y vertiginosamente, dando movimiento a toda clase de máquinas en fábricas y talleres, buques y locomotoras en la tierra, en el mar y en el aire; ¿no merecen gloria también todos los soldados de la Patria que la salud de ella les exige que vayan a la guerra y dejan en sus campos de batalla jirones de su entusiasta lealtad, sus energías físicas, su salud, su sangre, pedazos de su cuerpo y su vida misma? ¿No merecen la gloria que a los grandes hombres otorgan los pueblos rodeando sus nombres con la aureola que como premio merecen sus sufrimientos meritorios, puesto que con su lealtad, con sus virtudes militares y su abnegado sacrificio salvaron, y salvarán cuantas veces sea preciso, los sagrados derechos de su Patria y obtuvieron para ella la honra y la victoria?

Pues ése es el Ejército.

